

CARA

Por IGNACIO AGUSTI

Y CRUZ

niños proscritos

EN las "Memorias" de Charlie Chaplin hay una descripción vivísima de algunas de las circunstancias difíciles por las que atraviesa un chiquillo huérfano y desamparado. Aquel clima descarnado, que nos comunica su desolación y su angustia en los relatos de Dickens, y que sospechábamos que mostrara allí tintas un poco sobrecargadas por la voluntad del autor, resulta que no define del que nos describe Chaplin en sus "Memorias". También él pasó, como David Copperfield, por los reformatorios, por los castigos corporales, por los tugurios inhóspitos, durmió bajo los puentes, se escapó de los términos de una disciplina que la mayor parte de las gentes no podemos ni imaginar. Nada es capaz de conmover el corazón humano como esas descripciones; cuando al cabo de muchas páginas de lectura hacemos un alto para meditar en el increíble castigo y en la injusticia que se ciernen sobre aquellos chiquillos abandonados, nos damos cuenta de que lo que ellos sufren no pueden sufrirlo más que ellos, puesto que un ser adulto se rebelaría contra tamaña infracción de la ley natural y de todas las leyes divinas y humanas, y ello precisamente en nombre de la Ley.

Nos cabe el recurso, y quizá el consuelo, de pensar que estos tratamientos son cosa de otros tiempos y que en la actualidad los sistemas del reformatorio son distintos. Podemos hacernos la ilusión de que los métodos pedagógicos de hoy han variado sustancialmente y son distintos de aquellos otros del siglo pasado. Ya no hay hoy huérfanos de serial o melodrama. Algunos establecimientos benéficos tienen la apariencia de luminosos hogares, donde los chiquillos crecen, como la figura del Evangelio, en gracia, sabiduría y bondad. Un equipo de tiernas pedagogas conducen con sapiencia a este rebaño hacia las esferas de la sociedad, donde se borrarán las discriminaciones originales. ¡Ojalá fuera así! Pero la apariencia de las cosas y de los hechos no son las cosas mismas. En la realidad, el concepto de la salvación y recuperación de esos niños sin padre es el mismo que hace cincuenta y aún más años. E incluso la condición en que se desenvuelve la vida de estos infantes, en muchos casos no es distinta de la que marcó para siempre la vida de David Copperfield, en la novela, o de Charlie Chaplin, en la vida real.

Hemos entrado por azar en una de esas casas de la Maternidad donde se acogen los niños abandonados; y nos ha sorprendido el semblante que todos ellos tenían. Se hallaban como secuestrados en una larga y sombría sala, atados a sus sillitas o hacinados en parques de madera. Ya no lloraban. Estaban sumidos en una especie de espíritu de resignación, mudos, sucios y maltrechos; y en aquella edad que es la de la apertura a la vida, planeaba sobre sus pequeños hombros la pesadumbre de la vida, de una vida que no hacía más que abrirse y empeorar.

No sería oportuno citar aquí la filiación del establecimiento que hemos visitado; entre otras razones porque la mayor parte de los establecimientos de este orden responden en nuestro país a los mismos módulos y están adscritos al mismo régimen y a idéntica norma. Cuando nos hemos lamentado, ante alguna persona proveya y de las tenidas por gente de buen juicio, ha levantado los hombros con gesto indiferente: "¿Qué se le va hacer! El problema es demasiado grande. La mayoría de estos chiquillos han venido ya tarados al mundo y jamás se podrán recuperar. Es mejor mantenerles aislados y que no entorpezcan el resto del caudal".

Quizá por ello, cuando ciertos obreros de una factoría mecánica establecida frente a la casa de Maternidad que visitamos, fueron a quejarse del tratamiento que ellos desde su puesto veían que se daba a los niños —tratamiento de abandono y de castigos corporales— lo que hizo la dirección de la Casa de Beneficencia fue contratar a unos albañiles para que elevaran el muro frontal del edificio, no para modificar el procedimiento, sino para hurtarlo a las miradas indiscretas.

Los niños albergados en las casas de la Maternidad y en los hospicios y establecimientos benéficos viven hasta su madurez en un limbo deplorable. Nos decía una visitadora social que cada uno de ellos es un retrasado con relación a su edad. La mayoría de ellos desconocen hasta su propio nombre. Muchos de ellos no se han oído llamar jamás por un nombre propio, que les dé noción de su individualidad y que los distinga y personalice. Cuando se les llama, se les dice: "¡Eh, tú! Ven aquí". O simplemente se les coge de un brazo o se les da un empujón, para ponerlos en fila.

¿Cómo es posible que, en un tiempo en que se habla tanto de productividad y en que se pone el acento primordial de la sociología en la igualdad de oportunidades, exista, en las zonas ignoradas de la vida social, ese plantel de seres anti-sociales, escupidos de la vida común, alineados como cifras anónimas? Los niños de los hospicios son docenas de millares, a los cuales habría que rescatar en el corto término que va desde el nacimiento a la adolescencia. Pero este precioso tiempo se pierde lamentablemente y, al cabo de unos años, salen a la luz las lacras nacidas del desamor, de la rutina, de la indiferencia de los que debían de cuidarles.

Lo más grave de todo, es que esta indiferencia y rutina no nacen de la falta de medios. No sabemos si en toda España, pero en Cataluña por lo menos se destina una cifra elevada de los espectáculos públicos a las atenciones de la beneficencia infantil. Nos parece que el porcentaje que debiera ir a parar a estas atenciones alcanzan el cuatro y medio por ciento de todos los espectáculos públicos, todos los domingos del año. La cifra es cuantiosísima. El cuatro y medio por ciento de los ingresos del fútbol, del cine, de los teatros, de cualquier clase de espectáculo que tenga una taquilla, es suficiente para atender a las necesidades de modernas escuelas de rehabilitación, para sufragar los gastos que origine un personal preparado y para llevar adelante una empresa de la que, en gran parte, depende el porvenir del país y el suelo que pisamos.

Pero no es simplemente a las atenciones financieras del problema a lo que hay que atender y sanear. Se trata, además, del contexto más hondo de este asunto. Cierta dama amiga nuestra, que ha pasado los últimos tiempos preocupada por tanta anomalía, visitó recientemente los establecimientos de beneficencia infantil más modernos de Europa. Tuvo ocasión de cambiar impresiones con los dirigentes del movimiento de rehabilitación de la infancia desdichada y llegó a la conclusión de que el defecto primordial de nuestro sistema es la aglomeración de la infancia, el tipo de educación —por llamarla así— masiva que se intenta. Los nuevos métodos, que están en vigor en los principales centros del mundo, excluyen en este aspecto toda masificación, tienden a crear núcleos reducidos de sociabilidad y procuran que estos centros sean un remedio lo más aproximado posible de la vida del hogar que a estos niños les ha sido negada. Además del dinero, cuando éste sirva para algo, lo que se requerirá en nuestras instituciones formativas, es el cariño, base sustancial sin la cual el alma de los niños no llegará a ser jamás una alma adulta.